

Florencia Levin. **Humor político en tiempos de represión, Clarín 1976-1983**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013. 320 páginas. ISBN: 978-987-629-330-3.

Principalmente a partir de la primera década del siglo XXI se han publicado en Argentina diversas investigaciones sobre lo acontecido durante la última dictadura militar. En el marco de este notable crecimiento de la producción de la historiografía argentina sobre el pasado reciente se ubica *Humor político en tiempos de represión, Clarín 1976-1983* de Florencia Levín. Este trabajo, en palabras de la propia autora, pretende explorar el entramado simbólico construido en el espacio de humor de Clarín durante un ciclo histórico signado por la inédita intensidad y magnitud de la violencia. Atendiendo entonces a la peculiaridad del septenio militar, la historiadora propone reflexionar sobre cómo fue posible que circulara el horror a través del espacio de humor del periódico Clarín.

Este trabajo podría incluirse en un grupo mayor que busca desentrañar el rol y funcionamiento de la prensa durante dictadura. Sobre el tema muchos investigadores, no sólo historiadores sino también politólogos y principalmente comunicólogos, han desarrollado análisis del discurso de la prensa y del funcionamiento de los periódicos en tanto empresas de comunicación. Esas investigaciones toman como fuente principal los titulares, editoriales y noticias que eran publicados en los medios masivos de comunicación durante el régimen. Algunos de ellos agregan a ese análisis la voz de quienes formaban parte de las empresas como periodistas, directores o editores. Florencia Levín continúa esta línea de preocupación por el rol de la prensa en dictadura, pero dirige su mirada a una sección de los diarios usualmente

menospreciada o pasada por alto como es la humorística. Sin dudas la investigación aporta una nueva perspectiva al campo, habilita nuevos interrogantes y permite visibilizar actores que hasta el momento no habían sido tenidos en cuenta por la historiografía como los humoristas, cuyo trabajo y acción no pueden menospreciarse.

El recorrido del libro se basa en el análisis de variadas viñetas y cartoons publicadas tanto en la contratapa del diario como dentro del cuerpo principal acompañando a las noticias de política. Las fuentes que alimentan su investigación son más de 15000 misceláneas que fueron digitalizadas, analizadas y categorizadas con el objetivo de descubrir en ellas las recurrencias e insistencias, pero también las excepciones. Partiendo del presupuesto de que las viñetas constituyen huellas del proceso de construcción de la significación de la experiencia histórica, la autora propone acercarnos a la cotidianeidad de los lectores durante el Proceso. La hipótesis que se desarrolla a lo largo del libro es que “las viñetas humorísticas fueron tanto espejo de los procesos colectivos de construcción de sentidos sociales como también participantes activas en la construcción y difusión de esos significados”. El humor político cumple entonces una doble función: por un lado registra al acontecer histórico, pero a la vez es productor y espejo de esos procesos colectivos.

Levín divide a los humoristas en dos grandes grupos. Por un lado los que tienen su espacio en la contratapa del diario y por otro aquellos cuyos trabajos se encuentran en el interior del diario acompañando a las noticias. El lugar en el que se ubica la

viñeta no es un detalle menor: quienes se ubican dentro del cuerpo principal del diario están obligados a que la ilustración vaya en sintonía con la nota que comparte página. En contraste con ello, la contratapa es un sector más independiente del resto del periódico. Allí las ilustraciones forman parte de largas secuencias que se publican día a día y van hilvanando una historia. En el libro se reconstruyen las ideologías de los humoristas que formaron parte de ambos grupos. Esto es posible gracias al minucioso y detallado análisis que realiza la autora de los distintos chistes pero también debido a las entrevistas que tuvo oportunidad de realizarle a Crist, Caloi, Landrú, Ian y Marcos Cyntrimblum.

El trabajo se divide en 6 capítulos según un recorrido cronológico que sólo se altera en los capítulos 3 y 4 en los que la diferencia es de corte temático. El primer capítulo, "Humor y politización" explica el proceso de nacionalización del espacio de humor de Clarín, que hasta 1973 se encontraba dominado por humoristas extranjeros. Este no es un detalle menor. A través de la nacionalización de la sección se da una revalorización de la importancia del humor. Clarín comienza a construir una comunidad simbólica que logrará estrechar los vínculos entre lectores y humoristas. Además de dar cuenta de este proceso, la autora describe la transición que llevó al peronismo nuevamente al poder ese año. Es en este contexto, de retorno del peronismo al gobierno, que la nacionalización del espacio de humor implica también una mayor politización del mismo en un momento de profunda politización de la cotidianidad de los lectores. El segundo capítulo titulado "Último acto" indaga en la participación del humor gráfico, y del diario Clarín en general, en la construcción del clima golpista previo al 24 de Marzo de

1976. Este clima se basó, principalmente, en dos estrategias: por un lado el descrédito a la figura y gobierno de María Estela Martínez de Perón y por otro el auspicio y apoyo a la intervención militar. Ante la implementación de un discurso avalador de la intervención militar, la autora identifica matices en las representaciones que realizan los distintos humoristas que conforman el espacio. En lo que refiere al humor ubicado en la contratapa, Crist y Fontanorrosa expresan, según el análisis de Levín, cierto temor por lo que vendría luego una vez que el peronismo fuera destituido. Contrariamente a este clima de tensión, Landrú (quien publicaba sus viñetas en el cuerpo del diario) demuestra la excitación y esperanza que implicaba la descomposición del gobierno peronista. El tercer capítulo se titula "El humor reprimido" y analiza las secciones de humor del diario en relación con la dimensión político-institucional del régimen. Este capítulo recorre las publicaciones del periódico desde el golpe de Estado hasta la Guerra de Malvinas. Uno de los apartados más interesantes de este capítulo es el que analiza las viñetas conmemorativas de los distintos aniversarios del Golpe de Estado y da cuenta de cómo a partir de ellas es posible apreciar la transformación de la mirada de la sociedad ante la acción militar. El capítulo siguiente denominado "Sobre el miedo y el terror" vuelve a tomar el periodo previo a 1976 y propone una mirada de largo plazo que une el accionar de la Triple A con el desarrollo del conflicto de Malvinas. Este quiebre de la línea temporal que se produce con esos dos capítulos permite atender a dos miradas sobre el funcionamiento del régimen militar. Por un lado una fase explícita y visible vinculada a lo institucional (correspondiente al capítulo 3) y por otro la mirada sobre lo clandestino

y ocultado pero siempre presente (capítulo 4). El quinto capítulo toma a la Guerra de Malvinas como una entidad en sí misma y analiza el humor político sobre ese hecho particular. En este capítulo es donde cobra mayor importancia tener en cuenta la novedad de la nacionalización del espacio poco antes y la fuerte politización que excede a las viñetas del cuerpo del periódico e inunda también a la contratapa. Por último, el sexto capítulo “Humor en tránsito” recorre el difícil y sinuoso camino de abordar lo que comienza a ser pasado y la construcción de la nueva identidad con miras al futuro. La dictadura se asocia a la derrota: de la guerra, de la economía, de la cultura. Ante esta desintegración del monopolio oficial surgieron nuevos proyectos políticos y se vislumbró el horizonte del retorno de la democracia. La autora propone en este capítulo final el análisis de las significaciones en tránsito en, justamente, un momento de transición. Al finalizar cada capítulo hay una sección con algunas de las viñetas citadas en el cuerpo del texto. Las mismas están agrupadas secuencialmente y la sugerencia de la autora es comenzar a leer los capítulos de atrás hacia adelante, para ver primero las viñetas y los cartoons que luego son retomados en el análisis. Este anexo documental que ofrece el libro es otro de los aportes que realiza el trabajo ya que lo convierte en un recurso de trabajo con fuentes que permite al lector no sólo interiorizarse en el análisis propuesto por la autora sino generar uno propio. Además posibilita que se convierta en un recurso útil para la enseñanza de la historia reciente acercando a los docentes nuevas herramientas para el trabajo con los alumnos.

A partir del análisis del humor político es posible seguir reconstruyendo el complejo entramado de la acción y

funcionamiento de la prensa en dictadura. Como bien demuestra Levín, el horror fue plausible de representación en el humor gráfico, pero ese mismo horror era indecible para la línea editorial del periódico. El espacio de humor, probablemente sin pretenderlo, avaló la teoría de normalidad defendida por Clarín. La mera continuidad del espacio tuvo un cierto efecto normalizador que pudo escapar al análisis de algunos humoristas, pero que fue reconocido por otros. Teniendo en cuenta esto, y gracias al intenso trabajo desarrollado en esta investigación, el humor se convierte en un espacio relevante que habilita no sólo nuevos interrogantes sino que nos proporciona nuevas herramientas para seguir reflexionando sobre cómo fue posible el horror. De allí que se convierta en un libro insoslayable para todos aquellos interesados en la reflexión sobre el pasado reciente argentino, sea dentro del campo de la historiografía académica o como ciudadanos interesados en comprender el pasado a fin de pensar el futuro.

Guadalupe Ballester
Universidad Nacional de General
Sarmiento

Joaquín Perren. **Las migraciones internas en la Argentina contemporánea. Una mirada desde la Patagonia (Neuquén, 1960-1991)**. Buenos Aires: Prometeo, 2012, 350 páginas. ISBN 978-987-574-536-0.

Durante un extenso período, las crónicas de la migración en la Argentina resultaban bastante similares entre sí. Como las películas de género, aquellas donde el guión debe respetar algunas convenciones, muy probablemente hubieran recogido como tema central la llegada de los migrantes europeos hacia alguna de las zonas de la Pampa para poblar de brazos el auge agroexportador de la segunda mitad de siglo XIX. Esta crónica, la de la Argentina transatlántica, por simplista que suene ahora estuvo muy replicada en ámbitos académicos (y mucho más en los de divulgación).¹ Dicho relato se constituyó clásico no ya de las migraciones, sino de nuestra historia nacional: contaba ni más ni menos que la vida de “nuestros abuelos”.² En un segundo lugar, y a mucha distancia, se ubicaron las indagaciones sobre la migración interna de las décadas del treinta y el cuarenta. Se pasó entonces a estudiar principalmente el despliegue de los “cabecitas negras”. De todos modos ya ese proceso se vio en una clave menos autónoma que el de fines del siglo XIX y se abordó más como insumo a tantos otros estudios sobre el origen del peronismo y la

industrialización. Desfilaron así desde la clásica e inflamada pluma de Germani que vinculaba directamente aquellos los migrantes internos al surgimiento del movimiento hasta otras miradas que relativizaban de forma más o menos crítica aquellas relaciones causales.³

Hasta ahí, las películas que ocuparon la marquesina y las grandes luces del campo profesional sobre estudios migratorios hasta hace más o menos dos décadas. Sin embargo, a tono con la profesionalización de la disciplina, los ochenta y en especial los noventa fueron modificando esa suerte de estática.⁴ Al evidente avance de la historia social luego de la dictadura también se sumó la inquietud por el estudio de los migrantes latinoamericanos recientes que fueron abordados en el marco de aquellas convulsionadas épocas.⁵ Con todos estos

¹ Para la discusión sobre el prefijo “trans” en los estudios migratorios, véase Liliana Suárez Navaz, “La perspectiva transnacional en los estudios migratorios. Génesis, derroteros y surcos metodológicos”, en García Joaquín Roca, y Joan Lacomba, **la inmigración en la sociedad española: una radiografía multidisciplinar**, Madrid, Ediciones Bellaterra, 2008.

² Para un panorama de síntesis del campo DEVOTO, Fernando, **Historia de la inmigración en la Argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 2003 y a su vez la obra que hace las veces de pequeño Mediterráneo de Braudel sobre el fenómeno, José Moya, **Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires 1850-1930**, Emecé, Buenos Aires, 1998.

³ Solo a título de derrotero del extenso debate sobre las migraciones y el origen del peronismo véase, Gino Germani, **Política y sociedad en una época de transición**, Paidós, 1971; Gino Germani, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”, en **Desarrollo Económico**, Revista de Ciencias Sociales, vol 13, Nº 51, octubre-diciembre 1973; Tulio Halperin Donghi, Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, *Desarrollo Económico*, vol. 14, nº 56, enero-marzo 1975; Daniel James, **Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina**, Editorial Sudamericana, 1998; Jorge Jorrot, et. al. **Una Hipótesis rechazada. El rol de los migrantes internos según Gino Germani en los orígenes del peronismo**. Una investigación con datos de la Cámara Nacional Electoral, Buenos Aires, Editorial Hernández, 2013.

⁴ Susana Torrado, **Estructura social de la Argentina: 1945-1983**, Ediciones de la Flor, (segunda ed.), Buenos Aires, 1994.

⁵ Susana Novick, “Políticas migratorias en la Argentina”, en Susana Novick, et al, **Inmigración y discriminación. Políticas y discursos**, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1997. En el caso de la divulgación el interés en esta década y la siguiente se dio en el marco de una explosión temática que puso el tema en una vidriera compleja, basta recordar el artículo “La Invasión Silenciosa” de El primero de

nuevos condimentos los estudios migratorios en la Argentina avanzaron con solidez en esta última década: crecieron de forma explosiva los intereses por nuevas áreas temáticas, otros períodos y el trabajo mancomunado con disciplinas como la Antropología, la Economía Social y los Estudios Culturales. El libro puesto a reseñar, sin lugar a dudas, es producto de estos cambios y renovaciones. Decide entonces estudiar a los migrantes en ciertos años en los que no se puso tanto la mirada como aquellas épocas clásicas: los cincuenta, sesenta y setenta. El autor pone en valor estas décadas desde una óptica que no siempre ha sido la usual. En un período donde en general la violencia política, la rimbombancia cultural y los stop and go económicos suscitaron el interés, Perren decide poner el acento en los fenómenos poblacionales.

El libro comienza con la constatación que durante la segunda mitad del siglo XX más de siete millones de personas cambiaron su lugar de residencia en Argentina.⁶ Estos números superaron incluso a las cifras presentadas por la Argentina aluvional y esto es un dato más que relevante para interesarse por aquel objeto de estudio.⁷ Los migrantes de la segunda parte del siglo XX tal vez no tuvieron la épica de familias atravesando el Atlántico pero sí un peso importante para explicar la Argentina actual y deberían ser incorporados con solidez al plexo de los relatos históricos de síntesis. Aquellos no resultaron una nota de color si no parte fundamental de un proceso que modificó la

primacía macrocefálica de los patrones de asentamiento en el país. Se puede decir así que al relato familiar de aquellos abuelos españoles o italianos, el libro suma de esta forma a “los padres” que se mudaron desde las grandes ciudades a, por caso, las provincias de la Patagonia.

Sin embargo el texto a reseñar no es *stricto sensu* solo sobre los migrantes de una provincia de la Patagonia, sino más bien una historia social de las décadas de los sesenta, setenta y ochenta en el norte de la región. Se conjugan entonces una historia de la movilidad poblacional interna del país, la los proyectos de una nueva provincia que apostó a un desarrollismo genérico y una historia urbana de ciudades que pasaron intempestivamente de un perfil parroquiano a robustos centros de servicios. Estas dimensiones puestas en una secuencia de capítulos que a continuación recorreremos brevemente.

El primer capítulo empieza un poco en un sentido clásico de historia social, como la descripción densa de la base que albergó el proceso que luego se reconstruirá, la provincia del Neuquén. Con el sugestivo nombre de “El Despegue” se analizan allí el nacimiento de un desarrollismo amplio en el país, el impacto profundo que tuvo en la dirigencia política neuquina y finalmente el balance de su resultado. En el transcurrir de una modernización y renovación de la estructura social y productiva del país, el joven sur albergaría importantes “polos de desarrollo” que necesitaban, y pronto, ser poblados. El final del capítulo destaca cierta ambigüedad respecto al resultado de esta apuesta y más bien marca como saldo en la región el crecimiento explosivo de una provincia de enclave extractivo con una fuerte dependencia del estado nacional. Mucho para lo que era la provincia antes de

la Semana, publicación de entonces, que directamente decía que era gente que venía a la Argentina, y sin regularizar su situación usaba los hospitales, etc.

⁶ Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 319-323.

⁷ Daniel James, *Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976 Tomo IX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

estos años, poco para lo que se imaginó como polo de desarrollo nacional.

El segundo capítulo retoma estas cuestiones en el sentido de cómo sobre esa base de transformaciones económicas se montó el boom demográfico que da título al capítulo. En comparación con los números de la provincia en la primera parte del siglo, la segunda (sobre todo a partir de los sesenta), muestra un crecimiento importante y original. Este explosivo crecimiento de la población se caracterizó así por el arribo de una formidable cantidad de migrantes intra e interprovinciales. Esta suerte de pequeño aluvión generó el inicio de la transición demográfica en el antiguo territorio nacional, una acelerada urbanización y el reforzamiento de importantes desequilibrios espaciales previos.

Los dos primeros capítulos dan así marco al escenario que fue esa provincia patagónica desarrollista en los sesenta que comenzó a captar a los migrantes. En un relato que hace del cambio de escalas una virtud, una vez que está diseñado el escenario donde los migrantes iban a vivir su vida, se baja la escala de análisis para estudiarlos. La segunda sección es inaugurada así con el tercer capítulo "*Ganarse la vida*" que se dedica a ver los patrones de empleos que tuvieron los recién llegados a Neuquén. En consonancia con aquella reducción de la escala de análisis se pasa a tomar a la ciudad de Neuquén Capital y no la provincia como unidad y su vez se produce un cambio heurístico al pasar hacia fuentes nominativas como actas matrimoniales. Esta nueva evidencia le permite al autor ver cómo de acuerdo al origen de la familia migrante –del interior de la provincia, de otras provincias o de la república de Chile– cambiaba la forma de inserción laboral en la ciudad, a tono con las tendencias más amplias a nivel

provincial. Esto es retomado en el siguiente capítulo "*La radicación*" donde el autor indaga sobre los patrones de residencia de aquellos migrantes en la ciudad de Neuquén. Aquí, con las dificultades inherentes a entender una ciudad que creció siete veces su población entre 1960 y 1991, el texto realiza una de sus apuestas teóricas más profundas con el uso de conceptos claves de la escuela de Chicago, señera en los estudios sobre sociología urbana. Básicamente trabajó el clásico modelo de Burgess de los círculos concéntricos para definir patrones de asentamiento urbano. Montado sobre algunas reformulaciones que aquel recibió para aplicarlo a Latinoamérica, propone reformular la idea de los suburbios como hábitats naturales de las clases acomodadas y los *ghettos* poblados de sectores populares homogéneos y homogéneamente repartidos en la exclusión.⁸ A diferencia de esto, Perren muestra una ciudad neuquina con centros poblados de los sectores más encumbrados y la periferia donde ningún grupo migratorio detentó exclusividad. Los barrios neuquinos más bien albergaron heterogeneidad y cruces culturales propios del dinamismo reconstruido en la primera sección. El siguiente capítulo agrega un último eslabón de la secuencia que construye el autor sobre los migrantes al mostrar cómo la ciudad que les daba trabajo y los albergaba también les permitía casarse. Así destaca la homogamia residencial en todo el proceso como clave explicativa: en el cruce de origen migratorio, el lugar ocupado en el tablero urbano y el estrato social halla muchos condicionantes que atravesaron la elección de una pareja por ese entonces.

⁸ Gianfranco Bettin, *Los Sociólogos de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 1982.

La tercera sección cierra mucho más su lente de observación y mira la familia de los migrantes como unidad de análisis más pequeña. Encuentra de nuevo necesario algunos ajustes heurísticos y apela como novedad a fuentes orales de los propios migrantes. Aquí destaca el autor cómo la instalación en distintos lugares del tejido urbano a su vez tuvo impacto en el logro de diferentes niveles de movilidad ocupacional y el impacto que esto tuvo en la subjetividad de los distintos migrantes entrevistados. Es decir, con la menor unidad de análisis posible el autor saca conclusiones en línea las anteriores secciones, todas mostrando finalmente el carácter magmático de esa sociedad que tomó por objeto.

Volviendo a una mirada más general del libro, podemos afirmar que la secuencia que lo lleva de describir una nueva provincia a una serie de familias es tal vez lo más logrado del texto. El juego de escalas le permite al autor trabajar de forma estimulante categorías clásicas de las ciencias sociales como por ejemplo los aportes de Burgess o las historias de vida de los testimonios orales. Logra de esta forma montar en el Neuquén desarrollista su propio Mediterráneo en miniatura donde sitúa a los migrantes que estudia en profundidad. Testimonio de hombres y mujeres que llegaron y poblaron una Patagonia que por esas décadas pudo comenzar a sacudirse de encima el estigma de la tierra maldita para pasar a ser considerada futuro motor del (en progreso) desarrollo nacional.

Fernando Casullo
Universidad Nacional de Río Negro

Ignacio Zubizarreta. **Los Unitarios: Faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852.** Stuttgart: Verlag Hans- Dieter Heinz-Akademischer Verlag Stuttgart, 2012, 324 páginas. ISBN 978-3-88099-699-1.

El libro de Ignacio Zubizarreta, versión abreviada de su tesis doctoral, se inscribe dentro del grupo de investigaciones históricas de las últimas décadas cuya

¹ En este marco intenta iluminar áreas poco investigadas de la historia de los unitarios entre 1820 y 1852.

En la introducción el autor establece cuáles fueron los principales ejes que guiaron su investigación, definiendo al faccionalismo político en la primera mitad del siglo XIX, y específicamente las características del unitarismo, como centro de su trabajo. De acuerdo con Zubizarreta, el unitarismo era “un conjunto de facciones pequeñas, de grupos y subgrupos que se acomodan, transigen y se modifican incorporando a otros actores periféricos o auxiliares cuando el caso lo demanda” (p. 30). La intención de su análisis es sortear los modelos antitéticos y simplistas que caracterizaron a unitarios y federales y por medio del estudio específico del unitarismo observar la cultura política de la época, en un sentido habermasiano.

En su estudio de la facción unitaria, el autor intentará identificar el origen, evolución identitaria, tensiones y divisiones internas y las estrategias desarrolladas por este grupo para enfrentar al rosismo a partir de la década de 1830. Para su análisis, la principal herramienta metodológica que el autor señala haber empleado fue la prosopografía, y para ello conformó un corpus de quinientos unitarios –no todos

inspiración, tal como lo señala Hilda Sabato en el prólogo del trabajo, se origina en la clásica obra de Halperin Donghi *Revolución y*

Guerra. presentados en este texto- a partir de la información presente en diversos reservorios documentales tales como el Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional y Museo Mitre, así como también numerosas fuentes editadas -entre las que destacan memorias y diarios de viaje- y bibliografía específica. El historiador indica que los unitarios que integran dicho corpus fueron seleccionados de acuerdo a cuatro criterios: factores ideológicos, conciencia de pertenencia al grupo, participación en “momentos clave” e integración de redes sociales.

El cuerpo del trabajo está dividido en dos partes. En la primera, Zubizarreta realiza un relato de los hechos relacionados al desenvolvimiento del unitarismo desde 1820. En la segunda, se propone analizar las prácticas políticas, la construcción de identidad y las disparidades de facción, por medio de la prosopografía.

En la primera parte del trabajo se realiza un mapeo de la situación política de los unitarios en el poder desde 1820 hasta 1831. Apegado a su objetivo de enriquecer la mirada sobre la facción unitaria, el autor observa en distintos momentos la formación y composición de coaliciones y subgrupos, identificando sus principales actores. Su análisis le posibilita describir situaciones ya estudiadas por la historiografía –como la propuesta rivadaviana, o los levantamientos de Lavalle y Paz- como posibles momentos *bisagra* dentro de la facción, cuando ésta

¹ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla.* Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

pasa a ser hegemonizada por nuevos subgrupos.

También la vida de la facción unitaria ya alejada del poder es abordada por el autor. Zubizarreta sugiere que la proscripción, lejos de circunscribirse a grupos menores, fue “un fenómeno multitudinario” (p. 58), que perduró hasta Caseros. Así, marca cómo se produce aquí una innovación ideológica en los unitarios, incentivando a notables locales a convertirse en caudillos. Este sería el caso, según Zubizarreta del joven Justo José de Urquiza, recomendado por José María del Carril para hacer de él “un caudillo” - aunque respecto a este caso, existan estudios divergentes.²

A partir de 1835 se consolida la predominancia de Rosas en la Confederación, así como su intromisión en los asuntos de los países vecinos. En este tiempo surgen las publicaciones –como *El Nacional* o *El Grito Argentino*- encarnadas en personajes unitarios y de la Joven Generación, cuyo fin era desacreditar al rosismo. Las mismas deberían entenderse, de acuerdo al autor, en relación con los conflictos existentes en la Banda Oriental, entre Lavalleja y Oribe, y estarían mostrando un sistema de críticas que se basó en la metódica descalificación del otro. El historiador identifica para esta misma época el surgimiento de la Joven Generación, agrupación política que

colaborará con los unitarios, aunque mantendrá diferencias con estos. No obstante, el abanico de situaciones estudiadas le dificulta establecer un patrón de relación único entre estos dos grupos. Si bien las incompatibilidades parecían ser exclusivamente generacionales, Zubizarreta considera que las críticas de la Joven Generación a los unitarios eran muy fuertes y por ende, parecería ser que solamente la oposición a Rosas acercaba a ambos grupos. En este punto, el trabajo se enriquece con la descripción de la facción unitaria mostrando la posibilidad de entendimiento entre federales no rosistas y unitarios exiliados. Así, según su interpretación, Rosas habría permitido el acercamiento entre grupos que hasta el momento se encontraban muy distantes, otorgándole entidad a la figura de enemigo común del régimen.

Los unitarios, en vez de unirse a los federales no-rosistas, se habrían inclinado por la conformación de logias o grupos secretos. Si bien muchos de estos intentos no produjeron resultados exitosos, lo cierto es que la observación de las logias unitarias a través del epistolario de Daniel Torres, médico unitario, es un relevante aporte del autor, que se podría articular con estudios de estos grupos para periodos previos.³ La correspondencia, con secretos sistemas de claves, le permite inferir que estos grupos estaban dirigidos por un unitario, que no excedían los ocho integrantes y que acataban órdenes de una Logia Central, radicada en Montevideo.

² I. Zubizarreta, op. cit p. 61, citado de Carta de José María del Carril a Francisco Pico, 3 de enero de 1831. Fondo Francisco Pico, ANH. La hipótesis de Zubizarreta puede ser contrastada con algunos estudios como los de Roberto Schmit, que ponen de relieve la trayectoria no solo personal sino familiar de Urquiza como variable explicativa del lugar que luego ocupó. En este sentido, posiblemente Del Carril sólo haya visto el potencial de Urquiza y haya pensado en apoyar a este hombre en natural ascenso. Cf. Roberto Schmit **Ruina y resurrección en tiempos de guerra**. Buenos Aires, Prometeo, 2004, especialmente para este tema el cap. 8 “La consolidación de la notabilidad local”.

³ Sobre la presencia de Logias Unitarias para algunos años antes ver: Fabián Herrero, “Interpretaciones historiográficas y la intervención de un diario de Santa Fe sobre un fenómeno de impacto nacional. El golpe de mano de Juan Lavalle en diciembre de 1828” *IX Jornadas de Investigadores del Departamento de historia Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata* (Buenos Aires), 15 y 16 de noviembre de 2012.

La vida de los unitarios que no emigraron también es estudiada por Zubizarreta. Según observa, muchos se habrían adaptado a los gobiernos federales, incluso desempeñando cargos en ellos. Esto se explicaría parcialmente debido a que no habría existido una abundancia de profesionales ‘rosistas’, tal como el los define.⁴ El historiador enfatiza que es el terror rosista, intensificado luego de la revuelta fallida de los Libres del Sur, y la creciente violencia, lo que paralizaba a los opositores, tanto en la Confederación como en el extranjero.

El autor no se detiene en la descripción de las campañas antirrosistas de Lavalle, Lamadrid y Paz, entre 1839 y 1846, sino que busca someterlas a una lectura en función de su objetivo. Para ello, rastrea el origen de los recursos utilizados en las fallidas tentativas militares, describe la guerra de correspondencia interceptada por los simpatizantes rosistas, la guerra en la prensa y la guerra de embargos por parte de Rosas sobre los no rosistas en la campaña bonaerense. Así propone una idea interesante: estas batallas se muestran cada vez menos unitarias y progresivamente más anti-rosistas –como mencionamos, Zubizarreta sostiene que Rosas cohesiona la oposición al darle la categoría de enemigo del Régimen-. En el exterior, el grupo opositor estaba compuesto por Florencio Varela, líder del antirrosismo uruguayo, y en Chile por la Comisión Argentina. Lentamente irían encontrando puntos

concretos en común con el resto de los antirrosistas, sobre todo en lo relativo a la organización nacional. En este sentido el grupo, creía que se debía establecer una constitución: nacional, republicana, federal y con influencias liberales. La guerra de facciones, según el historiador, se extendió desde 1826 hasta 1842, por lo que a principios de la década de 1850, el marco que llevó al fin del rosismo no fue el faccionalismo, sino una “conflagración internacional” (p. 128) que produjo la derrota en 1852 de Rosas en Caseros.

La segunda parte del libro, abocada a los resultados del análisis prosopográfico, se divide en dos apartados. En el primero, el autor indaga acerca de las prácticas políticas y la construcción identitaria de la fracción unitaria. En el segundo, analiza los resultados obtenidos a partir de la prosopografía.

Según indica, los principios de organización unitarios fueron mutando desde una organización formal del poder, pasando por el liderazgo personalista de Rivadavia, hasta llegar a los múltiples núcleos organizativos desde el exilio. Observando la Sala de Representantes porteña, Zubizarreta infiere la presencia de proto-facciones que se verán, sobre todo, en la discusión de medidas polémicas. Por otra parte, el Congreso Constituyente de 1824 se erigió como un nuevo ámbito de poder que aceleró el proceso de faccionalización en unitarios, federales y “provincialistas porteños” (p. 140). Según el estudioso de los unitarios, en ese momento Rivadavia, al mando del ejecutivo, habría concentrado el máximo poder, beneficiándose de esta faccionalización.

La fallida revolución decembrista habría trasladado el centro del unitarismo al interior, con Paz en Córdoba. Luego del colapso de la Liga del Interior se habría

⁴ Esta afirmación del autor hoy está morigerada por la coetánea aparición del libro de Rosalía Baltar, producto de su tesis doctoral, *Letrados en tiempos de Rosas*, donde se prueba la existencia durante el rosismo de un grupo de letrados cuya función cultural y social fue indiscutible. Muchos de estos hombres habrían llegado al Río de la Plata atraídos por el proyecto rivadaviano, y se quedaron aquí sirviendo otras causas. Ver Baltar, R. *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata, EUEM, 2012.

producido, según el autor, la fragmentación de la facción en múltiples centros comandados por líderes carismáticos (Lamadrid, Lavalle y Paz, este último hasta 1831). Las trayectorias de estos tres líderes permiten a Zubizarreta realizar algunas distinciones entre estos y los caudillos. Según él, a diferencia de estos últimos, los líderes unitarios adscriben -como es de esperarse- al unitarismo y cuentan con una carrera militar independentista, aunque ciertos rasgos los asimilen a los caudillos, como la búsqueda de asociación con los soldados-gauchos. Además, refiriéndose específicamente a Paz, el historiador destaca que este habría difundido su pensamiento político e ideológico en toda la tropa, buscando preservar los valores que defendía.

Desde este marco, intenta comprobar las relaciones del unitarismo con los sectores populares, calificándolas de “bastante problemáticas” (p. 154). El autor, inspirado en el trabajo de Di Meglio para los federales,⁵ enuncia evidencias que explicarían la impopularidad de los unitarios. Observando la campaña bonaerense, señala cómo los unitarios buscaron atraer a la plebe a través de líderes intermedios que no resultaron exitosos, por varios motivos. En primer lugar, la facción unitaria intentó repetidamente incentivar la llegada de extranjeros, los cuales eran vistos como sospechosos. En segundo término, debido a las diferencias económicas y culturales: eran generalmente los sectores más encumbrados los que defendían al unitarismo. Además, varias medidas unitarias -como las reformas eclesiásticas, la supresión del Cabildo y las levas

militares- habrían incentivado esta impopularidad. Si bien lo enunciado por el autor es relevante, no termina de aclarar fehacientemente por qué las relaciones entre unitarios y sectores rurales eran problemáticas.

La narración de Zubizarreta vuelve a centrarse en el análisis de los fenómenos políticos a partir de la retórica y el discurso definiendo convincentemente la variación que tiene el concepto de facción desde la prensa unitaria. Las descripciones en que se apoya la muestran cargadas de tintes peyorativos que partían de una concepción unanimitista de la política. Las facciones eran entendidas como una enfermedad para la sociedad, ya que manipulaban a los sectores populares y provocaban revueltas. El historiador marca que, con la progresiva adquisición de un discurso político moderno, incluso los unitarios habrían intentado no ser identificados con este calificativo. Era necesario dejar atrás la vieja dicotomía entre unitarios y federales, por esa razón se habría producido el rechazo de dicho concepto.

A partir de lo anterior, el autor propone observar las mutaciones en la auto-percepción de los unitarios como tales. Para responder a esta cuestión menciona los lazos familiares, como fundamentales para integrar esta facción. Por otro lado, muchos habrían sido seducidos por la propuesta unitaria y citamos: “los provincianos fueron cooptados por las sendas del centralismo pues sus respectivas jurisdicciones se encontraban necesitadas de la colaboración de un hipotético Estado nacional” (p. 200). Por ello, explica el traspaso de una facción a otra, sobre todo hacia la que resultaba triunfadora, con el correspondiente acarreo de clientelas. Los unitarios no buscaron verse encasillados en una agrupación política concreta, pero se sentían orgullosos

⁵ G. Di Meglio, *Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo (1810-1830)*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.

de su pertenencia política cuando llegaban al poder, aunque con la caída de Lavalle, Zubizarreta destaca que el discurso se habría morigerado, “desunitarizando” (p. 206). Simultáneamente, Rosas comenzó a identificar a todo lo opuesto a su gobierno como unitario, de modo tal que -como ya mencionamos- esta facción se convirtió en sinónimo de anti-rosismo. Resumiendo, el autor dice que la identidad unitaria se circunscribiría sólo a momentos específicos de la década de 1820, y luego se habría enriquecido con la colaboración de otros grupos liberales y anti-rosistas.

El historiador muestra los resultados obtenidos por medio de la prosopografía –la metodología que señala como principal- para analizar las divergencias y coincidencias que considera palpables en el interior del unitarismo, sin embargo lo hace recién en la última parte de su trabajo. Siguiendo con su propósito, procura establecer diferencias entre dos sectores de pertenencia en el unitarismo, los intelectuales y los militares, cuestionando si estos sectores representaron ámbitos diferenciados al interior de la facción. A primera vista su respuesta parece negativa: los grupos tenían estrechos nexos de unión, entre los cuales la esfera política fue un espacio de amalgamación importante. Con todo, esta noción es un tanto polémica: es factible preguntarse, al leer a Zubizarreta, si efectivamente sería posible hablar de una esfera política separada y autónoma en esta primera mitad del siglo XIX. Desde su lectura, se establece que la división en diferentes campos sectoriales comienza en este momento. Sugiere incluso que “*parece claro que los actores de ese tiempo eran conscientes de la existencia de ambas*

*esferas,*⁶ *y de la tensión que entre ellas se manifestaba*” (p. 243).

El autor marca los momentos de preponderancia de los letrados sobre la parte militar, y viceversa, señalando acertadamente que esta hegemonía no significó la exclusión del otro grupo. A continuación, propone una división de los unitarios en tres generaciones para facilitar el estudio prosopográfico: la primera (nacidos antes de 1790) habría sido predominada por letrados, la segunda (nacidos entre 1790 y 1810) por militares y la tercera (nacidos con posterioridad a 1810) –según el autor, en un 87%- por los exiliados que se levantaron contra Rosas.

Los militares, según Zubizarreta, habrían predominado en el ámbito político ejecutivo, mientras que los letrados lo hicieron en el ámbito deliberativo. Señala además como más de la mitad de los soldados unitarios fueron forjados en los ejércitos de San Martín y Belgrano. De los oficiales unitarios que participaron en la guerra contra Brasil -40% de la base de datos del trabajo-, casi la totalidad –un 96%- participó en los posteriores alzamientos de Paz y Lavalle, lo que lleva a Zubizarreta a sostener que el conflicto bélico incentivó la “unitarización” del ejército.

La cantidad de unitarios letrados es más reducida. Según Zubizarreta, se conformó una red de intelectuales al servicio de la facción, y varios son los conceptos que él usa para retratar a sus integrantes, basándose sobre todo en las memorias de Iriarte: su gran ilustración, su fascinación por lo europeo, su “arrogancia (...) ligada al éxito inicial de su empresa” (p. 257), la cual respondía, según él, a cierta “soberbia

⁶ Las cursivas son del autor.

intelectual” (p. 257) y por último, su “centralismo político” (p. 260).

Finalmente, Zubizarreta analiza a los hacendados y grupos rurales, los cuales fueron tejiendo cadenas de vínculos y acuerdos que los terminarían uniendo con la esfera dirigente unitaria. Aunque varias medidas unitarias fueron antipáticas en el ámbito rural, el autor señala que la actitud de la campaña bonaerense frente a esta facción no fue uniforme. En este panorama, el rol de algunos personajes –como los baqueanos o los jueces de paz- resultó fundamental en la conformación de redes de poder por parte de la facción unitaria. Este grupo, contrariamente a lo que se pensaba, habría tenido cierta influencia en los sectores acomodados de la campaña.

Para concluir, y retornando al prólogo del libro, es posible coincidir con Sábato quien, al referirse al trabajo de Zubizarreta, señala que “si bien ha resultado en una

fascinante radiografía de esa facción particular” queda al autor el trabajo de mostrar más datos que expliquen y justifiquen “la productividad del concepto en tanto categoría analítica” (p. 10). No obstante, aunque los resultados del estudio prosopográfico quedan un tanto desdibujados en el cuerpo del trabajo, ciertamente constituyen un beneficioso aporte para nuevas investigaciones. Por todo lo dicho, el libro *Los Unitarios* constituye un conveniente intento por integrar diversas temáticas en pos de un objetivo: demostrar que los comportamientos políticos de la facción unitaria en la primera mitad del siglo XIX fueron realmente complejos.

Mariano Kloster
UNMdP – CIN

Fabián Herrero, **“Capusotto cenador, Alberti almorzador”**. Sobre la política y el “voto bronca” en los comicios nacionales: Argentina, 2001, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012, 232 páginas. ISBN: 9789871855292.

Fabián Herrero es Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires e investigador del CONICET, con sede en el Instituto Ravignani. Dedicado a estudiar la política de Buenos Aires, entre los años de la colonia y el régimen rosista, en esta obra nos sorprende con un profundo análisis sobre los comicios nacionales de 2001.

El autor explica su interés por estas elecciones legislativas, entre otros motivos, por dos razones principales. En primer lugar, porque fueron el escenario protagonizado por un fenómeno que nunca había ocurrido antes y que todas las encuestas de opinión pública predecían acertadamente: la irrupción del “voto bronca”, el conjunto de voto nulo y voto en blanco. En segundo lugar, debido a que estos comicios inauguraron novedades institucionales introducidas por la Reforma Constitucional de 1994, como la renovación total del Senado Nacional por voto directo, la ampliación de la representación política con un tercer Senador por la minoría, y la implementación del cupo femenino en las listas.

“*Capusotto cenador, Alberti almorzador*” se organiza en un prólogo, diez capítulos y un epílogo final, escrito por el Raúl Fradkin. En el primer capítulo se describen y analizan algunos aspectos preliminares para contextualizar el trabajo. Podemos mencionar el recurso de amparo presentado por el Movimiento Independiente de Centro (MIC) ante la Justicia, con el fin de que los votos en blanco sean incluidos en la asignación de cargos por cubrir. También se destacan algunos testimonios sobre el fenómeno del “voto bronca”, como el caso de la Escuela

número 66 de Monte Chingolo, partido de Lanús, en donde un periodista del diario *Clarín* encuentra una mesa con dieciocho votos nulos sorbe un total de 219: doce para Clemente (personaje de historietas), cinco para el candidato bautizado como “Nadie” y uno para Bin Laden. Asimismo, se mencionan algunas de las investigaciones que abordan el tema, principalmente los trabajos de Hugo Quiroga, Yann Basset, Inés Pousadela, Isidoro Cheresky, Alberto Bonnet y Mónica Gordillo.

En el segundo capítulo, el autor nos presenta las principales características de estas elecciones legislativas: las novedades institucionales, la cantidad de votantes, las bancas que se disputaban, los requisitos para poder sufragar, etc. Seguidamente, se presenta el debate sobre la naturaleza del voto blanco y su incidencia en los resultados electorales. Se confirma que “el voto en blanco, al igual que los nulos, no tiene incidencia. Para la elección de diputados, el mecanismo que se aplica, denominado D’ Hont establece que entrarán en el cálculo para la distribución de escaños las listas que obtengan más de 3 %” (p. 33). Por último, en este capítulo, Herrero estudia qué ocurrió con la promesa de reforma política que el gobierno Aliancista propuso en la campaña de 1999. En lo concreto, no se encuentra ninguna acción al respecto, el Ministerio del Interior sólo se limitó a editar un libro con la nomina de todos los candidatos, que no sólo incluía sus nombres y apellidos, sino también sus apodos.

El capítulo tercero se dedica a indagar sobre la escena de la campaña proselitista, especialmente sobre qué dicen los encuestadores, qué particularidades tienen

algunos discursos políticos y, por último, algunas inconvenientes que surgen en la organización de las mesas de votación. En relación al primero de estos ejes -las encuestas-, se da cuenta de una gran cantidad de estudios de opinión en los que se detectaba una importante inclinación hacia el “voto bronca”, principalmente por el voto nulo. El autor destaca un dato clarificador: “las últimas encuestas hablan de que un 23 % de los porteños se inclinaría por anular el voto” (p. 53).

En el capítulo cuarto se analizan algunas intervenciones en torno al fenómeno del voto bronca, con el fin de conocer cómo es interpretado por parte de distintos actores públicos, como dirigentes sindicales, profesores universitarios, periodistas, entre otros. Sobresalen dos miradas particulares. Para Zuleta Puceiro, titular de la consultora Ibope, el “voto bronca” no constituye un voto inútil, sino que el contrario, es “una forma de votar positivamente pero de otra manera diferente (muy diferente) de cómo se entiende en las reglas electorales fijadas por el sistema. Hay allí una estrategia del sector del electorado que opta por el voto nulo o el voto blanco, en donde se cuestiona a los sujetos que desarrollan la actividad política, y, paralelamente, a algunos tramos del sistema democrático vinculado a la cuestión electoral” (p. 70). Una mirada diferente expresa José Nun, prestigioso investigador del Conicet, para quien el voto en blanco no es una manera “de patear el tablero sino de escaparse”, ya que tal opción no tiene finalmente un impacto o un resultado concreto en la realidad (p. 75).

En los capítulos cinco y seis, el autor pone el foco de interés en la Alianza, la fuerza política oficialista. Mientras que en el primero de ellos se pone la atención en las posturas del Gobierno Nacional con

respecto a las elecciones, en el segundo se describe el punto de vista de los “oficialistas opositores”, es decir, los candidatos aliancistas que no siguen la línea política del gobierno, que son críticos del rumbo económico que impulsa el Poder Ejecutivo Nacional. En otras palabras, son oficialistas porque pertenecen a la Alianza de Gobierno (radicales y frepasistas) pero que, sin embargo, se presentan como candidatos opositores en la medida que sostienen un discurso crítico del rumbo económico vigente. Este es el caso de la candidata a Diputada Nacional por la Ciudad de Buenos Aires, María América González, o los candidatos a Senadores Nacionales por el mismo distrito, Vilma Ibarra y Rodolfo Terragno. Estos dirigentes no se ven incoherentes al oponerse al Gobierno, sino que destacan que la incoherencia fue justamente del Gobierno al incluir “en su elenco ministerial a aquel que perdió las elecciones, exactamente, contra esta coalición política”, en referencia al Ministro de Economía, Domingo Cavallo (p. 114 y ss.).

Los siguientes tres capítulos están dedicados a examinar algunos casos y algunos aspectos del principal partido opositor, el peronismo. En el capítulo siete, Herrero hace un análisis del principal problema –según lo abordan los distintos diarios nacionales- del peronismo bonaerense: la disputa entre el candidato a Senador nacional, Eduardo Duhalde, y el Gobernador Carlos Ruckauf, por el liderazgo del peronismo en vistas de la candidatura para el 2003. Esta “doble jefatura bonaerense” pareció haberse resuelto con los resultados de los comicios, ya que el importante triunfo del ex vicepresidente Duhalde le abrió las puertas a su carrera presidencial. Los resultados electorales también confirmaron el

desplome de la Alianza en la provincia y la fuerte presencia del “voto bronca”, El voto negativo “creció más de seis veces con relación a la elección de 1997 y más de tres con respecto a la de 1999” (p. 148).

En el capítulo octavo se aborda la particular situación de los comicios en la provincia de La Rioja, comicios que merecen una especial atención debido a que el ex presidente Carlos Menem, detenido por orden de la Justicia, se presentaba como candidato a Senador nacional suplente. Por entonces, se sospechaba que de resultar electo Eduardo Menem, primer candidato de la lista, éste renunciaría para que asuma su hermano. En consecuencia, los fueros parlamentarios eximirían al ex presidente de prisión. Los resultados electorales en esta provincia develaron un contundente triunfo del peronismo y un bajo “voto bronca” en relación con otros distritos: 7% de votos blancos y un 4% de votos nulos, para la categoría Senadores.

El noveno capítulo desarrolla el desempeño del peronismo en Córdoba, Santa Fe, las “provincias chicas” y la Capital Federal. Detengámonos en el caso de Santa Fe, donde el Carlos Reutemann había anunciado sus intenciones de pelear por la presidencia en los próximos comicios. Los resultados electorales, en cambio, le dieron un duro golpe a sus intenciones, consagrando victoriosos a los votos negativos. Si bien el peronismo gana la elección –en base a los votos positivos-, cuando se considera el total de los votos

emitidos, el PJ aparece como una fuerza perdedora. El voto blanco y nulo lo superan por un contundente 15% (p. 177).

En el capítulo 10, a modo de cierre de la investigación, el autor realiza un balance de los resultados de las elecciones nacionales del 14 de octubre de 2001. En primer término, resalta el triunfo del partido peronista, el cual se impuso en 17 de los 24 distritos electorales, logró mantener la mayoría absoluta en la cámara alta y pasó a ser la primera fuerza con una ventaja apreciable en diputados. En segundo término, identifica al Gobierno (la Alianza) y al partido de centroderecha, Acción por la República, como los principales derrotados. Y en tercer y último término, destaca la irrupción del “voto bronca”, aunque con una heterogeneidad en su desempeño según las diferentes regiones del país.

En conclusión, esta investigación nos propone un profundo análisis de los comicios de 2001. La diversidad de fuentes que se utilizan (bibliográficas, periodísticas, orales, estadísticas y electorales) permiten reconstruir con mucha claridad los diferentes matices del desempeño de las fuerzas políticas y de la irrupción del “voto bronca” a nivel nacional. Todo ello con el fin de esbozar una explicación a la aguda crisis política que atravesaba la Argentina por esos tiempos, crisis que se convirtió en el escenario donde se proclamaba a “*Capusotto cenador y Alberti almorzador*”.

Sergio Blogna Tistuzza
UNTREF